

EN BUSCA DE SUSI

Puso el maletín sobre la mesa y empezó a sacar los documentos con todas las anotaciones que había hecho para crear un programa informático que facilitase el trabajo de diseño en una factoría de automoción. Al volverse vio a Susana, su hija, mirándole sonriente.

-Parece que estas alegre, ¿es que has tenido un buen día?.

La niña dejó de reír y miró con extrañeza a su padre, entonces éste tomó un paquete que había dejado detrás del escritorio y se lo entregó a Susi, por ser su octavo cumpleaños. Con la rapidez que le permitían sus pequeñas manos, la niña consiguió abrirlo, eran unos patines. Enseguida se los puso, pero al venirle grandes pidió ayuda a su padre que había vuelto en pensamiento al trabajo. Sentado en el suelo Damián se los ajustó. Susi que ya había tenido otros, con desenvoltura se fue por todo el pasillo. De manera instintiva cerró Damián la puerta, conectó su ordenador y empezó a realizar su trabajo. Al poco dijo a Susi que fuese a jugar al jardín, ya que el ruido le distraía. Pasaron solo unos segundos, Damián alarmado se dio cuenta que estaban en la planta alta y que tal vez Susi por no quitarse y volver a poner abajo los patines intentaría bajar con ellos. No le dio tiempo a reaccionar, un ruido sordo le hizo precipitarse hacia la escalera, allá en el fondo, inerte, estaba Susi. Cuando la tomó en sus brazos y vio que tenía los ojos en blanco y que su pulso apenas se notaba, salió a toda velocidad hacia el garaje, la puso en los asientos de atrás y a toda velocidad se dirigió hacia el hospital.

Desde una de las salas llamó a su casa, su mujer Isabel, ya había vuelto de acompañar a unas amigas que habían venido hacía poco de vacaciones, cuando se enteró, notó Damián por el tono de la voz que perdía fuerza, pero enseguida se repuso y veinte minutos después ya estaba allí.

Esperaron una hora en la angustia de no saber nada, ya que tampoco les dejaban pasar por ser esta una de las salas de la UCI.

Un joven médico se dirigió a ellos, y antes de hablar parecía que buscaba las palabras, lo que les intranquilizó aún más, luego les expuso de la forma más llana que el golpe había dejado a la niña en una especie de sock traumático, dentro de poco tendrían las radiografías para saber con más exactitud si había alguna lesión cerebral interna, pues a simple vista, no tenía ninguna herida en la cabeza.

El tiempo pasó tan lento que parecía arrastrarse, ni Luis ni Elena dijeron nada, cada uno mortificado a su manera por la incertidumbre, él sintiéndose culpable, tanto por regalarle los patines como por ser tan inconsciente de ponérselos en el piso de arriba, ella pensando que si no se hubiera ido a despedir a las amigas, o aún así, si no se hubiera entretenido en la cafetería contando simplezas, habría podido evitar la desgracia.

El día siguiente sorprendió a ambos en la habitación del hospital, Isabel se había mantenido todo la noche despierta, Luis no pudo evitarlo y en algunos momentos se quedó dormido. Los rayos de sol entraban con dificultad por las persianas, uno de ellos daba directamente en el pelo dorado de Susi. Allí tumbada más parecía un día más, y que en cualquier momento abriría los ojos, pero no, esa inmovilidad era como si la vida sin irse se hubiese apartado de ella. Isabel se acercó y la besó, en ese momento llegó el doctor y les dijo que las radiografías no mostraban lesión ninguna así que esperaban saliese del coma en los próximos días. El joven matrimonio sintió como si una enorme piedra les hubieran quitado de encima, respiraron y después de hacer las oportunas gestiones con el equipo médico, decidieron volver a casa.

Pasaron cinco días y Susi no volvía en sí, las esperanzas que tenían empezaron a tambalearse. En este tiempo, familiares y allegados fueron al hospital, aunque poco podían hacer allí, no había posibilidad de comunicación y esto sí que era desanimante.

Los días se fueron acumulando y con su peso envejecieron la cara de Isabel y encorvaron a Damián, nadie sabía decirles qué estaba pasando, Susi no despertaba y sin embargo, en radiografías sucesivas se veía claramente que no había lesión interna. También se llegó a utilizar pequeñas descargas eléctricas para estimular su despertar, pero no había manera, Susi seguía inerte. Lo peor no era ya su situación, sino la disminución de sus constantes vitales que habían obligado a los médicos a mantenerla anclada con una aguja a la botella de suero, y en dos ocasiones fue necesaria la respiración artificial. Ver a la niña con esos tubos y las moraduras en sus brazos por las agujas, ponía enfermos a sus padres, que ya no sabían si valía la pena ir allí todos los días. Le esperanza, empezaba a diluirse, sobre todo en Isabel, y como entre ambos se echaban la culpa del accidente, era frecuente utilizar palabras hirientes. Esta situación les alejaba, ya no dormían juntos, y era como si una avalancha de cosas malas se les hubiera venido encima. Si la vida está formada por cosas variadas, ahora ellos sólo veían el lado oscuro.

Ya habían pasado tres meses, y el drama, como si fuese una máscara se les había pegado

a la cara envejeciéndolos y amargándolos. Luis había cometido varios errores en su trabajo, que si bien no le había costado el empleo, por ser el jefe, sí le había hecho perder algunos clientes, Isabel se había recluido en casa incapaz de seguir con su trabajo, ya en una ocasión la habían tenido que medicar. Dándose cuenta que manteniendo una situación así lo único que lograrían es acabar definitivamente con su matrimonio, Damián buscaba desesperado alguna solución, y en esos momentos de crisis estaba abierto a cualquier propuesta.

II

Apagó la maquinilla de afeitarse y escuchó, en efecto, sonaba el teléfono, cuando descolgó ya la otra persona se disponía a colgar. Casi no le reconoció por la voz, era Damián, un viejo amigo. En pocas palabras le contó lo que había sucedido a Susi, Diego no podía creerlo, el rostro de la niña de la que él había sido padrino, le venía a la memoria, y aunque últimamente se veían poco, le recriminó que hubiera tardado tanto en avisarle.

Se despidieron y en seguida empezó a anular las citas que tenía en los tres primeros días, que tampoco eran muchas, como asistir a la galería donde se exhibían sus cuadros, salir con algunas chicas, o ir al parador nacional a terminar de restaurar un pirograbado en el que solía entretenerse más de la cuenta, ya que allí daban muy bien de comer.

De Toledo a Madrid no había muchos kilómetros, así que llegó antes del mediodía. Como nadie contestaba a sus llamadas, decidió volver pasada media hora, pero al retirarse vio un papel doblado encima del dintel de la puerta, lo cogió y vio que iba dirigido a él, donde le comunicaban que hasta la una no llegarían. Salió del jardín, montó en el coche y cuando se encontró una cafetería allí aparcó y con una revista que previamente había comprado dejó que el tiempo fuese pasando, y diez minutos antes de la hora volvió.

Según se esforzaba inútilmente en aparcar, la preocupación le hacía repetir la misma maniobra una y otra vez, llegó una ambulancia, a pocos metros le seguía un automóvil. Cuando vio salir de él a Damián y al poco unos enfermeros sacando una camilla, se le puso un nudo en la garganta, dejó el coche como estaba y se acercó, pero antes de doblar

el seto que daba entrada al jardín, se sintió fuera de lugar, viendo la expresión de dolor de sus amigos no supo qué hacer. Esperó a que la ambulancia se marchase, luego, también les dio tiempo a que dispusieran su estado de ánimo, porque sin duda sabían que ya había estado allí, al no encontrar la nota..

Pulsó el timbre que en esos momentos le pareció hacía un ruido desconsiderado, esperó unos momentos y al poco se abrió la puerta, apareció el rostro de Isabel. Diego hizo un esfuerzo por disimular el efecto que le produjo ver una cara tan envejecida. Con una sonrisa franca pero cansada, le hizo pasar, ya iba a su encuentro Damián, también vio al fondo a un hombre alto y delgado. Después de los saludos mutuos Damián le presentó al hombre de tez morena y larga barba puntiaguda, era un hindú y se llamaba Kadir. De allí subieron a la habitación de Susi. Diego que iba entre Isabel y Damián notaba que el corazón se le iba acelerando, pero cuando entraron y la vio arropada en la cama con su hermoso pelo rubio cayendo en rizos sobre la almohada, creyó que estaba durmiendo, incluso sus mejillas presentaban cierto color. Le dejaron un rato como para que se hiciese a la idea, de lo que había pasado, luego fueron a un pequeño salón que tenían al final del pasillo. Cuando lo abrió Damián lo observó como si hiciera mucho tiempo que allí no entraba. Además de la luz de las bombillas corrió las cortinas y lo hizo como si fuera necesario que allí entrase la luz del Sol. Entonces se volvió a Diego y le indicó una butaca para sentarse, fue en ese instante que se dio cuenta que todos tenían la atención puesta en su persona, esto le inquietó.

Después de una pequeña pausa Damián hizo una presentación más extensa sobre el hombre de tez oscura. Y aunque su profesión era la de ingeniero agrónomo, no estaba allí por motivos profesionales, sino por otros bien distintos, por Susi, pues según Damián aquel hombre podía sacar del coma a la pequeña. Al principio no supo Diego qué pensar, muchas preguntas y dudas le asaltaban de continuo, pero fue su amigo quien se las fue resolviendo. Kadir era un yogui, un asceta, venía de buena familia y por eso había estudiado una carrera. Pues bien, la idea que tenían, y era aquí donde entraba Diego, consistía en utilizar la conocida imaginación de éste y siempre bajo la dirección de Kadir, de ir al mundo de los sueños a buscar a Susi.

Se les quedó Diego mirando sin saber qué decir, era evidente que la desgracia les había hecho perder la razón. Entonces Damián que entendió lo que pasaba por la cabeza de su amigo, fue a decir algo, pero un gesto del hindú le contuvo, éste clavó sus ojos en Diego y como si buscase con ello transmitirle una verdad difícil de enunciar, con un acento

singular pero inteligible le indicó a Diego que no era nada fantástico todo aquello, cuando una persona queda inconsciente, está claro que su verdadero ser está en otra parte, y el mundo de los sueños era el que les podía llevar en la dirección indicada, sobre todo, teniendo en cuenta que trataba de una niña. El hecho de haber elegido a Diego era sencillo, además de ser un viejo amigo, tenía la suficiente imaginación para adentrarse en el mundo onírico y realizar la búsqueda.

Fue entonces cuando Diego les dijo que era cierto que muchas veces su imaginación se desbordaba, pero siempre bajo condiciones establecidas por él mismo, en otras palabras, soñar pero despierto y con los pies en el suelo, eso había hecho para bien o para mal toda su vida, pero lo que ahora le pedían era esa clase de fantasía que pretende hacerse pasar por real.

En el rostro de Damián se vio la más profunda tristeza y dirigiéndose a Diego le dijo que no podían hacerlo sin él, y que pese a lo fantástico de la situación, no había otra manera de devolverles a Susi. Ante la mirada de Isabel que se unía a la del hindú, oyó Diego estas palabras: Bueno, ¿qué hay que hacer?, y supo entonces que las había dicho él.

III

Cuando ya la droga había hecho su efecto, se acercó Kadir para comprobar la profundidad en la que había caído Diego, tras lo cual miró a quienes le habían contratado y como si una orden silenciosa se hubiese emitido por el aire, el hindú inició su trabajo. Lo primero que hizo fue poner ambos pulgares en el centro de la frente de Diego y con los índices dio un ligero masaje sobre las sienes, comprobó que la respiración era tranquila, entonces mandó que corriesen las cortinas de la ventana así la habitación quedó en penumbra, luego su voz sonó profunda por toda la habitación.

-Estás en el mundo de los sueños, puedes soñar, pero no debes implicarte, has ido allí con un motivo, no lo olvides, debes encontrar a Susi.

Estas mismas palabras se las estuvo repitiendo durante varios minutos.

-Si puedes comunicarte con nosotros, di, ¿qué ves ahora?, ¿dónde estás?.

No hubo respuesta, ni siquiera se movieron sus ojos. Damián se levantó reflejando en su cara todo aquello que le intrigaba. El hindú le respondió que no era fácil, como todo

lo que es importante, esto último lo mencionó con una entonación significativa mientras miraba inquisidor al joven matrimonio. Isabel también se había levantado, pero fue la primera en tomar asiento ante la actitud resuelta de Kadir.

Volvió a colocar los dedos de sus manos en la misma posición de la vez anterior, pero esta vez conminándole a obedecer, volvió a hacerle las mismas preguntas y obtuvo la misma respuesta, nada. Entonces fue Damián quien habló.

-Creo que debo contarle algo sobre Diego, le aseguro que no hay voluntad que se le imponga, si él tiene idea de hacer algo, lo hará, pero es alérgico a las imposiciones.

Cambió el hindú de método.

-No olvides lo que estás buscando, somos tus amigos, Damián está aquí y espera confirmación de que todo va bien, ¡Por favor!. ¡Contesta!.

Los glóbulos oculares de Diego se agitaron en un movimiento rápido, luego un espasmo sacudió todo su cuerpo, los labios se movieron y una palabra se arrancó de su garganta: Sueño.

El rostro de los presentes se relajó. La música parecía flotar en una invisible danza con las pequeñas hileras de humo de sándalo. Aquel ambiente había contagiado de su misterio al matrimonio, que expectante parecía querer repartir sus energías con los esfuerzos de Kadir.

-¿Qué hay a tu alrededor?, ¿estás solo?.

-Una ciudad, mucha gente, voy buscando pero no veo....he preguntado a unos niños que aquí juegan, pero tampoco han visto.

En esta primera confirmación los tres se acercaron para oír mejor, de todas formas, un magnetófono iba grabándolo todo. Kadir aconsejó a la pareja que se mantuvieran en su sitio, evitando así que subiese la temperatura.

En los minutos que siguieron el hindú fue trabajando la parte consciente y subconsciente de Diego, con la idea de que éste, al despertar recordase cuanto estaba viendo. Sobre la ciudad de la que hablaba y las gentes que la poblaban, estaba claro que él mismo lo estaba creando. Aquella urbe tenía las calles que él recorriera en su infancia, la bodega misteriosa, con sus dos higueras, allí solían los clientes jugar a la rana. Todo lo describía con gran lujo de detalles.

Era Damián quien le dio estos razonamientos a Kadir, que por cierto, no le pilló de sorpresa, delatando con su actitud que todo iba según lo previsto.

En esos momentos la voz de Diego hacía esfuerzos por no desvanecerse, estaba

tocando partes de sueños ya repetidos, en los que le gustaba recrearse, a juzgar por la tranquilidad de su rostro, incluso en una ocasión una mueca en su boca parecía delatar el esbozo de una sonrisa. Tan pronto caminaba por la plaza veneciana de San Marcos, como se entusiasmaba describiendo La Pietá de Michelangelo. Sólo tras duro esfuerzo a base de repetirle una y otra vez lo que debía buscar, parecía tener momentos de lucidez, e indagaba, pero sin salir de su propio campo mental, dificultando así el sutil mecanismo de control que Kadir tenía concebido. De esta manera, aún sin control Diego recordaba viejos amigos, anécdotas y otras cosas, algunas sólo Kadir entendía, como que hablase con soltura en un idioma que no conocía sobre circunstancias de hacía más de un siglo.

Entre las cosas que al matrimonio les pareció extrañas, figuraban esas mezclas de lugares y tiempos, como el Renacimiento Italiano y la Revolución Francesa, cierto que podía estar imaginando, pero era la seguridad de sus palabras y la exacta localización de algunos lugares, lo que más asombraba.

Al poco Diego empezó a sudar, Damián se asustó y preguntó al hindú si todo iba bien, éste le respondió que no había peligro, estaba recordando un verano caluroso.

Las palabras de Kadir fueron lo concisas y sugerentes para esperar que no se le interrumpiese más. Así pasaron los minutos hasta completar una hora, de la que no sacaron más que recuerdos. Entonces Kadir consideró dejar de influir sobre Diego a fin de que pudiera despertar de los efectos del sedante con tranquilidad.

Salieron los tres de la habitación y silenciosos marcharon al salón que tenían en la planta baja.

No tuvieron que esperar mucho, la puerta se abrió y desde donde estaban pudieron ver a Diego que algo adormilado bajaba ya por las escaleras.

-¿Qué ha pasado?, -dijo deteniéndose por un instante.

-Tú dirás, le respondió casi al unísono el matrimonio.

Cuando Diego tomó asiento un torrente de preguntas se le vino encima, así que fue Kadir quien puso orden. Lo primero que hicieron fue oír la grabación, por si había algo que Diego no recordase.

El experimento, aunque sólo había hecho que empezar, les daba esperanzas, era fácil verlo reflejado en sus caras.

Lo que Diego añadió de su recuerdo, fue poco más de lo grabado, ahora había muchas dudas que resolver, y a las que gustoso se prestó Kadir.

-Deben creer en mí si les digo que me gustaría contarles cuanto sé, pero precisamente por la naturaleza de ese conocimiento me hago cargo que ustedes no lo aceptarían, al menos, por ahora. Diversas influencias mentales y sociales separan Occidente de Oriente, pero no entiendan esto como algo peyorativo, si al final de nuestro esfuerzo siguen queriendo aprender, con gusto les enseñaré lo que pueda, de momento deben entender que los sueños no son lo que sus psicoanalistas se esfuerzan en demostrar. Los sueños tienen un mayor alcance y no son únicamente creaciones del inconsciente, esto es sólo una de sus muchas caras. Como todos soñamos, bien podemos comunicarnos los unos con los otros, ver sus creaciones mentales, y hasta entrever la esencia misma de nuestro verdadero ser. Sin embargo, lo que aquí nos reúne es su hija. Nuestro amigo deberá por medio de sus sueños y de los de otros encontrar alguna pista que le lleve hasta Susi. No pretendo que lo entiendan, pero eso sí, deben tener fe en mí, sólo así podremos transmitir a Diego parte de nuestra esperanza, que les aseguro, en este caso es vital.

Pero, -empezó diciendo Damián antes de ser cortado por Kadir.

-Todos podemos desdoblarnos en sueños, o simplemente, contactar con otras personas, tampoco existen las barreras temporales y las vivencias pasadas pueden aflorar de nuevo, ¿contesta esto a su pregunta?.

En efecto contestaba a su pregunta, pero lo escueto de ésta le dejó un tanto en vilo, aún así ya no se atrevió a preguntar de nuevo, aquel hombre parecía ejercer una influencia especial en sus palabras que no dejaba lugar a intromisiones.

Antes de marchar Kadir les citó para el día siguiente a las doce del medio día, también les aconsejó que tuvieran paciencia, lo sucedido aquel día lo describió como una escaramuza, y dirigiéndose a Damián le felicitó por tener un amigo como Diego.

Allí quedaron los tres a solas, aún no habían comido, pero a ninguno se le ocurrió nada tan sencillo. Escuchando el tic-tac de un viejo reloj y la lejana algarabía de niños jugando en la calle, pasaron largos minutos y antes de entrar en un debate que duraría horas, Diego preguntó: ¿De qué conoces a Kadir?.

-Nos encontramos en la última exposición sobre informática que se dio hará un par de meses, y casi de la manera más natural, terminamos conversando de otros temas, hasta llegar al accidente de Susana.

IV

A la hora convenida Diego volvió a echarse junto a la pequeña Susana. Acordaron que la dosis en esta ocasión debía ser mayor, suficiente para mantenerle dormido cinco horas.

Mientras el sedante iba surtiendo efecto, Kadir aleccionaba al viajero para que no perdiese la claridad mental.

Una neblina de la que emanaban destellos de color fue lo primero que vio. Poco a poco se fueron perfilando los contornos de una ciudad de apariencia medieval. Lo que veían sus ojos era Toledo, con sus tortuosas calles y viejas iglesias, sintió una gran emoción, podía razonar como si estuviera despierto. Por curiosidad tocó uno de aquellos muros de enmohecida piedra y notó su consistencia, claro que si él tenía la misma, no era de extrañar que todo pareciese real.

Se cruzó Diego con un grupo de personas vestidas a la usanza de cualquier tiempo, algunos con bruñida armadura, otros con jubón y cayado presagiando sueños místicos. Lo que estaba viendo tenía el aliciente de la aventura y tuvo que reprimir el impulso de preguntar a tan raros personajes por sus vidas, en aquel mundo onírico donde todo parecía posible. Tenía en mente lo que debía hacer, así que inició sus pesquisas, tal vez aquel mundo se podía dilatar tanto que le llevase meses, o quizá años, encontrar a Susana. En principio no le preocupó, mas al recordar la angustia de sus amigos, decidió que lo mejor era pensar en un plan que aligerase en lo posible el tiempo de búsqueda.

Ascendiendo hasta la plaza del Zocodover, y tal como soñase despierto en muchas ocasiones, tuvo que apartarse para dejar paso a un jinete que cubría su cara con una capa negra. Cuando aún el eco de los cascos no se había desvanecido le llegó una voz hermosa que cantaba desde una ventana, mientras tendía la ropa. Era una joven muy bella, de pelo ensortijado y moreno que envuelta por las flores de los geranios, parecía irradiar alegría al mundo. Al saludarla, se dio cuenta Diego que lo había hecho quitándose el sombrero, uno de ala ancha, típico de los mosqueteros. Al pasar por un comercio de antigüedades aprovechó el reflejo del cristal para ver su aspecto, en efecto, llevaba el atuendo de un mosquetero francés. De cómo había elegido ese aspecto, lo ignoraba, tenía que ser algún deseo del subconsciente, o quién sabe..... Así las cosas, Diego fue saboreando cada rincón, -que por cierto-, poco había cambiado desde la

última vez que estuvo allí, el caso, es que todo aquello que veía, llegaba a otra parte de sus sentidos, era como si lo viviese, igual que si estuviera palpando aquellas herrumbrosas rejas, protectoras de ventanas donde los dramas de la vida debieron sucederse, como en cualquier rincón del mundo vigil.

En una de estas calles un curioso personaje se le acercó, saludándole le preguntó de dónde era, pues a tenor de su forma de contemplar la ciudad, era evidente que no vivía allí. Aunque sí vivía, no quiso Diego entrar en detalles, y le dijo: -busco una niña.

-Una niña, repitió tirándose del puntiagudo bigote el estrambótico personaje.

En un momento le dio Diego los datos de su fisonomía. Después de una pausa en la que pareció concentrarse, soltó un maullido y se encogió hasta convertirse en un gato, desapareciendo presuroso por una de las esquinas. Asombrado, no supo Diego que hacer.

Cerca ya de la plaza, a sus espaldas, oyó otro maullido, se volvió y de la esquina que acababa de pasar, apareció la cabeza rubia de un gato, que imaginó le hacía señas con un ojo, entonces le pareció que aquel felino era un marrullero y no volvió a hacerle caso.

Un tumulto de gente le cerraba el paso, sobre sus cabezas se elevaba un murmullo sacro. Se abrió paso como pudo hasta ver una procesión de encapuchados, con sus antorchas encendidas mientras un tambor tocaba en lenta cadencia, algunos entre ellos se flagelaban. Uno de estos encapuchados portaba una cruz tan grande, que debía tener una fuerza prodigiosa, detrás de éstos iban hombres y mujeres descalzos y con cilicios sujetos a sus mortificadas espaldas, aún así iban tan absortos en sus plegarias que no parecían sentir el dolor. Al final de la comitiva, unos presos encadenados se arrastraban con las rodillas ensangrentadas, esperando se les perdonase. Una partida de guardias vestidos a la usanza del Vaticano les daba escolta.

Ya en el Zocodover, vio Diego que habían montado galerías de madera toda ella forrada en color púrpura, y que la ocupaban los personajes más ilustres, justo al lado de lo que hoy es el Ayuntamiento. Pensando que sería oportuno contactar con estas personas, fue haciéndose paso hasta la tribuna, una vez allí esperó a que la procesión pasara, quería disfrutar cada momento.

Cuando el último de los reos hubo pasado, un hombre con un pergamino se acercó al Comendador allí estaban escritos los nombres y condenas de los doce reos suplicantes. El Comendador levantó la pena a tres de ellos.

Mientras miraba estas cosas vio en la tribuna a una persona que le era conocida, era El

Greco. Cuando Diego quiso acercarse un guardia alabarda en mano se lo impidió, pero fue esa actitud la que atrajo la atención de aquellos personajes.

-Decidme, ¿quién sois vos?, así, tan extrañamente vestido, -le preguntó el Comendador.

En efecto era un atuendo raro para esa época, ahora vestía con un traje igual al que usaba en su vida ordinaria. Después de cruzar unas palabras de oscuro significado, que ni él mismo supo, consiguió que le invitaran aquella noche a cenar en el suntuoso palacio de Fuensalida. Como aún le quedaban dos horas, sin más ceremonias se despidió.

Deambulando se dio cuenta que cada calle podía tener una época diferente, en cuanto a sus soñadores se refiere, pensaba esto, por que en la plaza, mientras veía la procesión, todos soñaban en el siglo dieciséis, esto a su vez le demostraba que los que soñaban podían compartir sus creaciones mentales, con sus ilusiones y tristezas.

Descendiendo llegó hasta la vieja judería, muchos comercios, algunos tristes puestos, mostraban a los transeúntes sus mercancías, los más opulentos exhibían collares de perlas, oro y plata ricamente tallados, del lejano Peloponeso, cintas bordadas con hilo de oro, anillos de pretendidos sultanes, otros con imágenes de santos, plumas de ganso con aspecto de pavo y tinta de calamar en recipientes de bellas formas. El tumulto en alguna de estas calles era abrumador, por ese motivo se desvió por otras menos transitadas. En uno de estos puestos se compró un bollo calentito hecho con manteca y requesón fundido. En un recodo a la entrada de un portal, había una tienda de alfombras, que inevitablemente llamó su atención. Una vez dentro se vio envuelto por una atmósfera diferente, casi diríase misteriosa, el local no era muy grande, pero sus paredes recubiertas de espléndidos tapices, parecían agrandarlo. Algunas lámparas de aceite chisporroteaban mientras sus llamas parecían bailar como si tuvieran vida, al fondo de la trastienda alguien hablaba en un lenguaje que Diego quiso creer trataba del propio de Bassora. Un hombre de pequeña estatura, delgado, y con barba blanquecina terminada en punta, le preguntó qué deseaba. Acto seguido pasó a mostrarle todas las alfombras, persas, árabes, turkas e indias. En ese momento entró un joven de unos dieciocho años, dijo algo en ese idioma, y como si aquello fuera una incorrección, el dependiente le condujo de nuevo a la calle, luego miró a Diego como si pidiese disculpas. A esto sucedieron momentos de satisfacción escuchando de qué lugares y personajes provenían aquellas alfombras. Pensó Diego que sería una buena idea regalar una al Comendador, conseguiría su afecto y le mantendría informado sobre cualquier indicio del paradero de

Susi. Después de esto, comprobó con asombro, que podía fabricar mentalmente monedas de oro, él mismo se quedó con una que decían perteneció al príncipe Harum-al-rashid, con las otras pagó. El hombre aquel, medio hebreo medio árabe, colocó una tela por encima y otra por debajo del tapiz e hizo con todo un rollo, que ató convenientemente para que fuese más cómodo llevarlo.

Antes de salir de la judería, en una de las calles que van de Santo Tomé a la Catedral, se encontró con un hombre de edad madura, barba larga y aspecto profundo, al volverse para saludarle vio que éste le venía al paso.

-¿Nos conocemos?, -preguntó aquel hombre que vivía el siglo catorce. Creo que sí, -respondió Diego haciendo memoria. Ambos se presentaron, así supo que aquel hombre se llamaba Nicolás y que su profesión, -según le dijo-, era el estudio de aquello por lo cual, lo uno puede ser lo otro. No entendió Diego aquellas palabras, pero le parecieron muy familiares, luego les sucedió algo singular. Como si se hubieran dicho todo, cada uno marchó a sus asuntos.

A la entrada del palacio había un criado esperándole. Tras los pasos del sirviente fue dejando atrás salas espaciosas donde escudos heráldicos presumían frente a mesas de roble y castaño que soportaban candelabros de bronce y plata. En cada una de estas estancias había un guardia, se percibía en el ambiente cierta inquietud, debida sin duda, a las rivalidades existentes entre un marqués y un duque, y cuando esto sucede, son los partidarios de uno o del otro, los que corren más peligro, de ahí que los soldados estuvieran estratégicamente situados. Al fondo mismo de lo que debía ser el palacio, varios sirvientes montaban sendas mesas con ese ruido característico a cubiertos y platos. De ahí subieron unos peldaños hasta una estancia que estaba justo encima de la que serviría aquella noche de comedor, tenía dos enormes ventanas ojivales a través de las cuales se podía ver un jardín exuberante y multicolor. El criado que le guiaba le presentó a viva voz, quedando allí Diego en espera de su anfitrión o de alguien en su nombre, pero la estancia en penumbras estaba vacía, o... Al poco, y de esas mismas penumbras fue surgiendo la gente. El Comendador recibió la visita de uno de sus criados comunicándole que ya estaba todo preparado, así que dirigiéndose a los presentes les instó a bajar al salón.

Entre los asistentes, la nobleza de Toledo, se encontraba un cardenal que más tarde retrataría el Greco, también estaba un estudiante que decía ser amigo de un italiano llamado Veccaria jurisconsulto de ideas revolucionarias, el propio Greco, familias de

origen visigodo, y en fin, el Comendador. Ni qué decir tiene que al momento Diego se sintió más a su gusto con la compañía del pintor.

Si todo aquello se lo estaba inventando, o bien, eran otros quienes lo hacían, no pareció importarle, nuestro amigo disfrutó cuanto pudo con aquella fantasía, pero veamos lo que sucedió.

Lo primero que se sirvió fueron perdices guisadas en una salsa que no supo identificar, pero que tenían agradable aroma y sabor, después tomaron un plato que parecía ser muy apreciado, huevos duros de paloma, a los que ya habían quitado la cáscara, luego surgieron varios platos más y todo ello regado con abundante vino. Le pareció a Diego asombrosa la manera de comer de las damas con sus amplias mangas y vestidos ceñidos al cuello. Mientras se daban a la pitanza nadie osó decir una sola palabra, pero al terminar, como si se hubieran estado conteniendo, cambiaron de postura y se permitieron mirar a otros sitios que no fueran los platos. Después de esto vinieron los susurros mientras miraban de vez en cuando hacia las ventanas. Al poco, las parejas se fueron marchando, quedando sólo hombres, que al verse más liberados mudaron el rostro y cuidaron menos el lenguaje, pero sin olvidar su linaje.

Todos parecían intrigados con la presencia de Diego, que ahora ya no vestía traje, sino un atuendo formado por un jubón, leotardos masculinos, calzas puntiagudas, y un florete al cinto, lo que le daba el aspecto de un cortesano del Renacimiento Italiano. Los presentes estaban deseando oírle contar algo, y no quedaron defraudados. Las preguntas que le hicieron eran las normales para el caso, ¿quién era?, ¿de dónde venía?, si conocía leyendas de otros países y si los reyes de tal o cual país se portaban bien con sus súbditos.

Después de responderles con toda franqueza y comprobar que no se inmutaban en lo más mínimo comenzó a plantearles la siguiente situación: Sí era él, como soñador, fruto de la imaginación de los presentes, o ellos de la suya. Se miraron entre sí con una expresión tirando a ofendida, luego, como si una extraña simpatía rodease el aire, se lo tomaron a broma, y hasta el Cardenal, haciendo gala de ingenio, dijo que si todos estaban soñando, tal vez fuesen en conjunto producto de otra imaginación ajena a los presentes. A esto añadió el Greco que al ser sueños de otros tiempos, cuál era el tiempo real. También el Comendador que no quiso ser menos, dijo que si el momento actual era sueño, cuando todos sentían y pensaban con lucidez, disfrutaban de la comida y la amistad, ¿dónde estaba la diferencia?, ¿qué era sueño, qué era realidad?. Tras agotar el

tema el resto de la velada la fueron pasando entre temas religiosos y profanos, los problemas del momento y otras cosas afines a cada cual, ese fue el momento que aprovechó Diego para exponerles lo que estaba buscando. Según les daba detalles de la niña, el Greco iba trazando un esbozo en un pequeño lienzo con la ayuda de un carboncillo que siempre llevaba encima. Cuando Diego pudo verlo se sorprendió de hasta qué punto le había leído el pensamiento, aquel dibujo era casi una fotografía de la niña. Así las cosas, no pudo Diego evitar preguntar al artista por qué pintaba a las personas tan alargadas. Dándole una palmada en la espalda el Greco le aseguró que cuando pintaba cosas espirituales, las hacia verticales y cuando lo hacia de cosas materiales, horizontales.

Poco después de haber anochecido, el Cardenal tuvo que marchar, dotándole el anfitrión de un grupo de soldados para escoltarle hasta su mansión, si bien, no era posible que un alto dignatario de la iglesia sufriese violencia.

Cuando los ojos de la conciencia se hubieron marchado, la conversación se desvió a otros temas, mientras uno de los invitados haciendo gala de su manejo al clavecín, dio a todos una buena serenata, en la que se mezclaban gestas de santas cruzadas y ardidés para conquistar bellas damas.

En una ocasión un grito desde el exterior atrajo la atención de todos hacia las ventanas, pero no fue nada. A eso de las dos de la mañana, cansados, cada cual marchó al aposento que le tenían destinado. En una cámara tan grande como un piso, fue donde durmió Diego, siendo curioso que soñase con el tiempo del siglo XX, su trabajo y todo lo que habitualmente hacía, todo, todo, como si lo estuviese viviendo.

Cuando despertó, el Comendador le dijo que el maestro Domenico ya había mandado calcar a sus aprendices el boceto que hiciera de la niña, y en esos momentos los estaban colocando por toda la ciudad. Por su parte, tanto él como los amigos de la noche pasada le mantendrían informado de cualquier noticia que tuvieran. Aquel hombre parecía tratarlo como si fuese amigo suyo de toda la vida, también le insistió para que se quedase allí hasta tener alguna pista qué seguir, pero Diego que ya estaba impaciente decidió indagar por su cuenta.

Para su satisfacción, pudo comprobar que los retratos de Susi se habían clavado en los sitios más concurridos, ofreciendo una buena recompensa por cualquier información. No sabía Diego cuanto iba a durar en el mundo de los sueños, por lo que estaba viendo, el tiempo no transcurría igual en un lugar que en otro.

El Sol se levantaba por encima del horizonte tiñendo de rojo el campanario de la Catedral, de su interior salía ese olor a incienso y mirra que a Diego tanto le gustaba. Carros de mercaderías vendían allí sus productos, viandantes de diversos tiempos, ociosos unos, atareados otros, llenaban la ciudad. Un monje franciscano cruzó a su lado, recorría con los dedos las cuentas de un rosario mientras cantaba un Ave-María. El bramido de un buey tirando de una pesada carga, mujeres judías escondiendo sugerentes sus rostros tras un velo negro, el ladrido de algún perro, y el murmullo de voces hacían un ambiente muy definido.

Con dirección a los márgenes del río se encontró Diego con alguien conocido, el hombre o lo que fuera del bigote afilado. Estaba apoyado en una irregularidad de la pared, al fondo mismo de la Casa Consistorial y mientras se mesaba el bigote se dirigió a Diego para decirle que había buen pescado en el puerto. Tras esto se encogió hasta convertirse de nuevo en un gato rubio y con un pez en la boca se fue corriendo calle abajo. Alguien gritó: ¡Agua va!, teniendo que cambiar rápidamente de posición.

Caminando por las tortuosas calles de tosco empedrado y olor antiguo, fue disfrutando de todo lo que sus sentidos podían captar. No era el hecho en sí de una magnífica perspectiva lo que impactaba en su interior, era todo un cúmulo de emociones, como el alegre canto de las golondrinas y su maravilloso vuelo, siempre cerca de los tejados de las iglesias, los golpes de martillo de alguna fragua, alguien a lo lejos cantando, el llanto de un niño, todo ello junto a un ruido de campanas, unas veces cercano, otras lejano, hacía un ambiente único, como si todo lo descrito fuese parte íntegra de un resultado más real, más emotivo, eran los instrumentos musicales de una maravillosa obra sinfónica, siempre audible para quien quisiera escuchar.

Después de mucho andar, terminó Diego visitando los lugares donde habían sido clavados los carteles, así fue recogiendo información, a veces confusa y otras errónea. De todas las indicaciones sólo una se repitió, pero no quiso hacer caso. Decían haber visto a un hombre alto con una niña parecida dirigirse al puerto, ¡allí en Toledo!. Aunque bien pensado, en los sueños se puede dar de todo, pero aquello le pareció excesivo, sin embargo, -y se acordó del hombre gato-, todo podía ser. Con estas dudas en su cabeza decidió acercarse a ver al Comendador.

Cuando llegó, los vigilantes que ya le conocían le condujeron hasta una amplia sala, allí uno de ellos tiró de un cordón y volvieron a montar guardia. Poco tardó en aparecer el sirviente de la vez anterior, quien raudo le condujo entre salas hasta unas escaleras, de

allí subieron hasta la tercera planta, llegaron a la terraza y de allí pasaron a una torreta donde encontraron escribiendo al Comendador, éste, nada más verle lo dejó todo, y le contó que por los indicios que le habían llegado una niña semejante había sido vista en el puerto. Al oír esto quedó Diego confuso. Notando su extrañeza el Comendador le dijo con afectada naturalidad, si no había estado nunca en el puerto, Diego le respondió que en Toledo, no. El Comendador se extrañó mucho, se encogió de hombros y así acabó la entrevista.

Salió de aquel palacio dispuesto a encontrar tan misterioso puerto. Siguiendo las indicaciones que le dieron, descendió hasta el río Tajo y cuando ya se encontraba cerca notó ese olor tan característico a salitre. Al salir de una de estas estrechas callejuelas se encontró con el puerto. Aquello además de increíble, era magnífico, veleros, galeones, dakkar, trirremes, y corvetas había ancladas a lo largo de la línea de amarre. Dos chalupas pintadas en verde y rojo descargaban calamares, pez espada y sardinas. Todo aquel ajeteo tenía algo de mágico, sobre todo la variedad de sus personajes. Allí donde dirigía la vista, podía encontrar marineros de tiempos y países diversos, vikingos con sus cascos de alas, piel de oso y apretados correajes de cuero ciñendo sus amplios tórax. Corsarios del siglo dieciocho con raídas casacas pantalones de tela de velamen, camisas a rayas, con todos sus miembros o a falta de algunos. Cada cual iba a los lugares que le eran más afines, dentro mismo de sus propios sueños. Navegantes ingleses de elegantes camisas se quitaban de vez en cuando sus sombreros de tres picos y con un pañuelo que extraían de la manga se enjugaban el sudor de la frente, pero lo más curioso era que entre tanta diversidad, no hubiera ninguna desconfianza, a todos les parecía normal una situación como la descrita. Griegos y romanos se perdían de vista en la curva del puerto. Quizá guiado por la añoranza de sueños juveniles, decidió iniciar sus pesquisas en un ajado hostel todo hecho en madera. Sobre la puerta habían dibujado a un viejo marinero con una pata de palo, parche en el ojo y un loro en su hombro, la taberna se llamaba Mr. Pitt. Antes de entrar dio un último vistazo al mar, calmo y brillante en aquellas horas de la tarde. Sólo tuvo que abrir la puerta para verse rodeado de un fuerte olor mezcla de ron, ginebra, el sudor de viejos barriles de roble, y humo de tabaco y sudor. Todos se le quedaron mirando, algunos con su único ojo, otros mascullando algo, y los menos, con indiferencia. El cantinero limpiaba sus embotadas manos en un delantal grisáceo, a continuación pasó un trapo sucio por una vieja mesa de pino indicando con su actitud que ya tenía sitio libre. Pidió Diego un vino de madeira, pero el tabernero sólo los tenía

de madera, es decir de toneles de roble, aceptó. Mientras lo saboreaba, un par de aquellos individuos se levantaron y parecían observarle por la espalda, y oyó Diego al dueño decir que allí no quería jaleos. Al rato se pusieron a ambos lados de su mesa, escupieron algo que llevaban largo rato rumiando, y antes de que sucediese nada, sacó Diego uno de los carteles y preguntó por la niña. Se puso en pie y lo fue enseñando a todos. Algunos se levantaron tomando aquella hoja con sus encallecidas manos y pasándola de unos a otros, como si necesitaran verla de cerca. Alguno recordó sus tiempos de cuando fue padre, otros se reían alegando no sé qué. En esta situación, mientras corazones largo tiempo endurecidos se debilitaban contemplando los rizados bucles de la niña, otros hicieron befa, así que estalló una bronca. Diego, que se había colocado en un rincón, asombrado vio con que facilidad tiraba esta gente de cuchillo, alguno de ellos despertaría notando una punzada. Se sintió responsable y enemigo como era de cualquier violencia sin sentido, alzó la voz pidiendo tranquilidad. Por asombroso que parezca, todo quedaron inmóviles mirándole fijamente, era como la congelación de una imagen de cine, lentamente como si fueran hombres bien educados, cada cual, aclarando la voz y al unísono, como si fueran una misma persona, comenzaron a recordar cosas. Uno de ellos que acababa de llegar, apodado el malayo, decía haber visto desembarcar a un niña parecida en el lejano Kalú, más allá de los sueños profundos, donde los dioses vigilan medio adormilados que todo siga igual, también dio pruebas semejantes un marinero y un sobrecargo, que habían servido anteriormente en la zona límite.

Sin apenas darse cuenta, Diego fue bebiendo más de lo que tenía acostumbrado, que era muy poco y su lengua se desató antes de embotarse, y entre aventuras de unos y de otros, pasó la tarde, dando paso a las chispeantes tinieblas que siempre hay en las cercanías del mar de los sueños. Pudo enterarse de viajes fascinantes, sobre una mar de aguas tan transparentes, que ya no sabían si volaban o navegaban, y justo bajo aquellas aguas, aún se podían ver los restos de ciudades ancestrales, con las que ya nadie soñaba al haberse perdido las claves para entrar en tales sueños. Le hablaron de un sabio en la isla de Korfú, que aún era capaz de recordar alguna de estas entradas oníricas, pero cuando éste muriese, ya nadie sería capaz de soñar con el mundo de los Antiguos, de quienes se creía llegaron a conocer el misterio final de los sueños. También hablaron de las fantasías que tuvo el marinero Simbad, y los lugares que soñó.

Agotado y después de perder todo el dinero que llevaba encima, por atreverse a jugar

con aquellos hombres, se retiró a la habitación que el hostelero le había preparado. A la vez que le mostraba tan sucia estancia por la que ampulosamente corrían dos ratones, entendió, pese a la embriaguez, que se esperaba de él no se hubiese gastado todo el dinero y le pagase cuanto antes. Rebuscó en sus bolsillos y tras duro esfuerzo, sólo consiguió imaginar una pequeña moneda de plata, pero fue suficiente. No sin cierta resignación, se echó tal cual sobre la cama, que asqueada y enmohecida, crujió con la tos del más recio marinero. Los ratones olisquearon en su dirección como si sopesasen las intenciones del nuevo inquilino, luego, como si tuvieran cosas más importantes que hacer, desaparecieron en los muchos agujeros que tenían las maderas del suelo. Desde abajo ascendía el rumor de gruñidos y farfullos, puñetazos en las mesas y el ruido de gazzates al tragar. Con aquel ambiente por un lado y la pegajosa brisa por otro, se quedó dormido.

Perdido en la nada no pudo Diego darse cuenta, que algo extraordinario estaba pasando. Las voces de la noche se habían silenciado y por toda respuesta, un murmullo de asombro pareció inundarlo todo. De improviso unos resplandores llegaron rasgando el cielo, se detuvieron en el puerto. Cuando su luz fue perdiendo intensidad, algunos marineros noctámbulos pudieron ver sin lágrimas en los ojos aquellas emanaciones con forma humana, eran tres y se dirigían a la taberna Mr.Pitt. Nadie les preguntó nada y antes mismo de que entrasen, todos los que en el interior aún se mantenían en pie, salieron presurosos. Sólo tuvieron que hacer una seña al hostelero y éste les indicó la habitación. Sin hacer crujir los viejos peldaños los visitantes llegaron a la habitación de Diego. Lo observaron por unos instantes, luego, uno de ellos le despertó. Cuando Diego vio a aquellos seres se sintió cohibido, una oculta vena religiosa le hizo arrodillarse. Una voz que salió de alguna de aquellas entidades, dijo: -Has infringido la Ley permaneciendo consciente en el mundo onírico, somos Paralemtor de los Dioses Oníricos, vamos a despertarle y esperamos que en lo sucesivo enmiende su error, nuestro mundo pertenece a los durmientes que sueñan en equilibrio con la vida otra. Dicho esto le puso la mano sobre la cabeza, sintió Diego una sacudida seguida de un profundo relax.

Según se aclaraba su conciencia, lo primero que vio fueron siluetas humanas, luego una voz dijo que se despertaba con antelación.

Incorporándose en la cama, miró Diego a la niña que ausente dormía la vida de los

sueños. Apareció Isabel con un café bien cargado que Diego apuró.

Bajaron todos al salón y una vez sentados les contó lo que le había pasado. Todos quedaron mirando al hindú. Sacudiendo la cabeza como si deseara liberarse de una corona de espinas Kadir habló.

-Conozco la existencia de los heraldos de los Dioses, todos en mi país lo saben, pero, pensé que podríamos burlarlos el tiempo suficiente como para encontrar a su hija, ahora veo que es imposible.

Todos quedaron en silencio, fue Diego quien preguntó cuál sería el siguiente paso.

-Déjenme pensar. Dicho esto Kadir se levantó, dio varias vueltas al salón y parándose de improviso exclamó ¡Deben tener fe en mí!, sólo así tendremos una oportunidad.

Le contestaron que desde el principio habían confiado en él.

Kadir miró a Diego y le dijo que necesitaba introducirse en su inconsciente para darle una directriz, sin la cual, se perdería en los sueños olvidando su cometido.

Sintiendo un repentino malestar Diego dijo que haría cuanto pudiese. Damián que percibió esa angustia le eximió de la responsabilidad. Diego que se sentía compensado por la belleza de los sueños y también, responsable de la niña, aceptó someterse.

-¡Discúlpenme!, -dijo Isabel levantándose de improviso.

En el exterior el aire sacudía los árboles como si quisiera despertarles de algún letargo, también se movía el columpio de Susi, que junto al silbido del viento, parecía como si entonase una canción triste.

Les sacó de sus pensamientos Isabel, les entregó una fotografía donde aparecía Susana sentada junto a un gato rubio de largos bigotes.

-¡Sí!, no hay duda, pero, y quedó pensativo. ¿Acaso un gato puede soñar con ser hombre?.

Tomó Kadir la foto y mirándola fijamente dijo: Y por qué no. Estos animales tienen capacidades singulares, también pudiera ser que usted mismo le vea así; de todas formas, debió hacerse con su compañía, la sagacidad de estos animales es proverbial, y... -se dirigió a Isabel-, ¿dónde está ahora?.

-Cuando Susana entró en coma desapareció.

-Aún así no entiendo esa actitud insolente por parte de Fierabrás, dijo Damián.

Al oír esto Kadir se le acercó y le respondió que los gatos no se sentían inferiores a los humanos.

Siempre bajo la dirección del hindú, se acordó dejar pasar tres días, necesarios para

estar todos más tranquilos, y más que nada para que Diego se fuese haciendo a la idea.

V

Ayudado por el calmante, Diego fue lentamente penetrando en el mundo de los sueños. No tenía mucha confianza de que fueran bien las cosas, en principio hizo cuanto pudo, pero era su temperamento independiente el que parecía ajeno a su voluntad. Durante dos largos días Kadir se esforzó en hacerse con la voluntad de Diego. La otra complicación era que no podía permanecer en los sueños de manera consciente, así que a los presentes sólo les quedaba esperar y tener fe.

Cuando la bruma se fue despejando, apareció Diego en el mismo lugar de la vez anterior, esta vez el insólito espectáculo no le impresionó. Se puso en camino hacia la vieja judería, y todo esto sin detenerse a contemplar acá un escudo de armas, allá un artesano haciendo una espada, o algún intrépido guerrero, todo ahora le era tan familiar, como que él vivía por las noches allí.

Sin previo aviso llegó al puerto, al contemplar las hileras de navíos amarrados cada cual de nacionalidad y época diferente, tuvo unas ganas incontenibles de embarcar. No se paró a analizar el por qué de tan repentina necesidad, tan sólo se dirigió hacia la primera taberna, a fin de preguntar a qué lugares se dirigían y cuando zarpaban. Cuando leyó en el desvencijado letrero, Mr.Pitt, sintió Diego que algo se removía en su memoria, pero no pasó de ahí. El local estaba casi vacío, un par de viejos roñosos iban escondiéndose por los rincones, sus narices estaban rojas como pellejos de vino. El mesonero limpiaba en esos momentos unos toneles, Diego no le dio prisa, aunque sí le preguntó por las rutas de los barcos y su momento de partida. El mesonero, con acento andaluz, le indicó que los bergantines iban a las tierras de Akar, en busca de especias, la goleta Ariadna hacia los mares del Cáucaso, las seis fragatas del capitán Melchor, a las tierras de fuego. Las embarcaciones nórdicas, volvían a sus tierras, eternamente heladas. Eso fue cuanto el mesonero le dijo, y al parecer fue suficiente, con sólo oír lo de -tierra de fuego-, notó que ardía su corazón. Así se enteró que la mejor manera de embarcar, aquella misma tarde salía la primera de las fragatas.

Sentado y saboreando uno de aquellos vinos con aceitunas de Sevilla, uno de aquellos viejos empezó a balbucear que Diego era el intruso por el que vinieron los Paralemtor.

Algo quiso asomar al recuerdo de su mente, pero no fue más allá. Miró al viejo y le aconsejó que no diese la lata, a lo que éste mascullando qué sé yo, respondió con una mueca de desprecio a la vez que el ventero miraba a Diego con recelo.

Cuando sacó la cartera para pagar, se dio cuenta que necesitaba todo el dinero que tenía ahorrado, así que tuvo que volver a su casa, todo esto con mucha tranquilidad, dando tiempo al tiempo.

A primeras horas de la tarde regresó al puerto, vio a las gaviotas posarse en los palos de mesana y hasta orgullosas en los cubiles de los vigías. Echó un vistazo a las fragatas, los marinos cargaban toneles y grandes cajones de madera, sin duda, con especias u otras mercancías para cambiar. Se acercó y preguntó al sobrecargo por el capitán, éste le señaló hacia un grupo de personas. Esperó Diego a que el capitán terminase de hablar con un hombrecillo vestido con levita, lazo al cuello y pantalones grises a rayas, a su brazo iba una bella mujer que gustaba mostrar coqueta su rostro escondido tras un abanico español. El capitán era un hombre corpulento, antaño mercenario de un rey ya muerto de la lejana Harima, y como Diego había conocido a aquel rey en uno de sus viajes cuando era más joven y buscaba inspiración en remotos lugares, logró que el Capitán le dejase ocupar un pequeño camarote que usaban para guardar algunas mercancías.

Tal y como le habían dicho, la fragata zarpó cuando la tarde empezó a decaer y los rayos de Sol, rojos, saltaban de ola en ola. Una brisa que venía del este, le hizo recordar antiguos viajes. Ensimismado en sus recuerdos estuvo como clavado a la pasarela de popa viendo cómo la quilla iba cortando el mar entre remolinos de espuma y juguetones delfines. La tripulación acataba el rugir de órdenes, estiraban las velas, ajustaban los juanetes y el foque, mientras el timonel juraba a coro con otros sobre las cosas que haría cuando llegase a su destino. El chapoteo contra la cubierta y el suave vaivén, le dio calma a su espíritu y algo de somnolencia, así que marchó a su camarote. Justo cuando ponía pie en el primer escalón, fue a chocar con un monje. Sin más saludo que el normal para dos desconocidos, cada cual siguió su camino, aunque Diego quedó algo intrigado con la expresión de aquel hombre.

Tumbado sobre un camastro de lana con olor a salitre, se dejó mecer hasta tal punto que ya no sabía si era su cuerpo o el alma lo que se balanceaba. Alguien comentaba el precio del azafrán y de un raro tubérculo llamado patata, al poco, uno que bebía eructó, otros

siguieron su ejemplo. ¡Ah, el mar!, se dijo a sí mismo y se durmió.

Poco después de amanecer despertó. Una nueva energía le animó a moverse.

Cuando subió a cubierta volvió a encontrarse con la hermosa dama y el hombrecillo. ¿Es guapa?, ¿verdad?., -dijo una voz a sus espaldas-. Como si le hubieran leído el pensamiento se volvió, pero no vio a nadie. En este percance volvió a encontrarse de nuevo con el monje, pero esta vez, como si fuese lo más natural, empezaron a hablar. El monje decía llamarse Tomaso Campanella, era italiano. Después de haber sufrido cautiverio, volvía a su patria. Este curioso personaje le contó un método sencillo para conocer lo que otros pensaban, sólo había que actuar como lo hacía la persona que se intentaba conocer, repetir sus mismos movimientos, imitar la voz, y si era posible hasta respirar igual, así lo que uno pensaba en esa actitud era lo que pensaba la persona que imitábamos. Diego se lo agradeció y le hizo saber que lo pondría en práctica a la mínima oportunidad. Metidos en conversación tan animada volvió a pasar la lozana andaluza, entonces el monje previno a Diego, aquella mujer, -le dijo-, era muy peligrosa, le gustaba cambiar de marido y para ello se valía de cualquier ardid, como enfrentarlos por celos, todos la conocían y por eso evitaban mirarla.

Entonces fue usted quien adivinó mi pensamiento, -le preguntó Diego-.

Sorprendido Campanella le dijo que también él había oído aquella voz, pues según se creía en el barco había un fantasma, y a juzgar por lo que decían los marinos más veteranos, eso era algo natural, hasta sabían quien era: Antoine de Irisiapu, antiguo remero de las costas alsaciana, murió al parecer por beber demasiado, ahogado por dentro, la mejor muerte de los viejos navegantes.

El viaje duró nueve días y fue agradable por las vistas que disfrutaron y los lugares que visitaron, pero es mejor detenerse un poco a describirlo. Al tercer día, después de despedirse del fraile Campanella, pasó la fragata bordeando unas costas en las que se podían ver ruinas de antiguos pueblos isleños, lo más interesante era que algunos de sus tótems, eran de ocho metros de alto tallados en marfil, y en una sola pieza. Del interior de la selva que rodeaba aquellas islas se oía un rugido extraño, era la voz de la vida de la jungla, que perezoso parecía bostezar en dirección al Sol. En varias ocasiones pararon para comprar fruta, a veces ellos mismos se servían de los árboles, también compraron figuras talladas en huesos de animales ya olvidados. Pasaron, -aunque sin acercarse-, por la isla sombría de los lobos, y es tal su espesura que nunca se ve a estos animales, aunque de noche y de día se oyen sus patéticos aullidos.

A veces, con buen viento, otras todo lo contrario,, el viaje fue tocando a su fin, más he aquí que en el último día, cuando ya se divisaba a lo lejos la tierra de fuego, un joven grumete de aspecto ágil, ojos rasgados y voz meliflua, se dirigió a Diego y le dijo que cuando llegase a la ciudad de Nabalsupore, fuese a hablar con el alquimista Mosé. Cuando Diego quiso preguntarle por la razón de ese mensaje, éste, runroneando desapareció.

A menos de trescientos metros comprendió por qué le llamaban a aquellas latitudes las tierras de fuego. La baja posición del Sol, lo iridiscente del aire y lo que reflejaba el mar, proyectaba un velo rojizo sobre plazas y calles en un movimiento de vaivén similar al fuego, por eso, en la distancia parecía que toda la ciudad estaba ardiendo. Lo más curioso era que tierra adentro, cuando ya no se veía ni rastro del mar, aún se mantuviera ese color.

También aquel puerto presentaba el carisma de todas las mezclas de razas: asiáticos de tez inexpresiva, mulatos de las tierras de Horam, peregrinos de diversas nacionalidades, y los hombres barbudos del continente Falco.

Con sus pocos bagajes a la espalda, se mezcló Diego en el tumulto. Había gentes vendiendo fruta, otros cestos de mimbre, y en el aire se podía oler a pescadito frito. Dio algunas monedas a los indigentes que siempre hay en los puertos y en cuanto vio a una persona con aspecto de ser oriundo del lugar, le preguntó dónde podría hospedarse, éste con la cortesía habitual le indicó un hotel a poca distancia de allí. Ya le habían dicho que los hombres de las tierras de fuego eran amistosos y sobre todo, amantes del conocimiento y hasta su manera de vestir era singular, todos ellos llevaban largas túnicas de un paño suave que reflejaba con su brillo los colores de la tierra. Las calles eran anchas como las romanas, por el camino se encontró muchas librerías, algunas con cierto aura de misterio, como las esotéricas donde además vendían resinas olorosas y varios tipos de inciensos, en una de éstas, que llevaba por nombre Lampur`s, un joven con barba conversaba con otro mayor que podría parecerse a Leonardo Da Vinci. En el frontón de una mansión de aspecto sobrio, en vez de un escudo de armas habían cincelado un libro con dos plumas cruzadas. Si no fuera por que debía visitar a Mosé, se quedaría allí por algún tiempo.

De camino al hotel y pensando en sus cosas, le pareció extraña su propia conducta, iba en busca de un hombre que un desconocido grumete le había mencionado. Desde un punto de vista racional, aquello era una locura, sin embargo, en su interior una ansiedad

desconocida le impulsaba a seguir camino, quizás el alquimista pudiera aclarárselo. Dejó a un lado estos pensamientos y siguió disfrutando de lo que iba viendo. Los nativos de estas tierras eran hábiles en cualquier cosa, sus artesanos inigualables y sus astrólogos tenían gran fama, y hasta sus pensadores eran capaces de discurrir cualquier solución aunque no existiese el problema. Por esos motivos las tierras de fuego eran las más prósperas, y se evidenciaba por un constante fluir de gentes de toda raza y credo, que venían a hacer intercambio de ideas, o simplemente comerciar. Atravesó calles y espléndidas plazas, donde siempre había algún monumento, ya arquitectónico, ya aéreo, sí aéreo, pues desde hacía tiempo los hombres de estos lares sabían colocar cosas en el aire sin que éstas se cayeran.

Ya en el hotel, que era de estilo árabe, con una fuente cantarina en el mismo centro del amplio recibidor, tuvo Diego la suerte de poder elegir una habitación con vistas a poniente, sobre el lado más bello del jardín que bordeaba el edificio.

A solas en su cuarto, se tumbó sobre la cama, respiró a gusto y se entretuvo observando las pinturas del techo, que eran representaciones mitológicas de una lucha entre dioses rivales.

Cuando el día se fue apagando y una cálida penumbra que venía aliada con el rumor diferente de estas horas, Diego se despejó, se asomó a la terraza y sintió una gran alegría, sin duda ante aquella vista. Como el hotel estaba en la parte alta de la ciudad, podía ver las luces parpadeantes de las calles, el color rojo dorado de sus estatuas, la presencia de sus dos Lunas contribuyendo con su resplandor a proporcionar una mezcla de colores como nunca hasta entonces había visto, esos mismos rayos de luna llegaban al jardín formando sombras que al ser mecidas por la brisa, semejaban pequeños duendes correteando uno tras otro en un juego que sólo ellos podían entender. El olor del aire marino venía acompañado de sus amigos de ciudad, como las esencias olorosas con las que se iluminaban los templos, y los muchos árboles que por allí había de áloe y sándalo, todo ello formaba un conjunto compacto que se entendía directamente con el corazón.

Satisfecho de poder vivir y ver cosas tan maravillosas, se echó en la cama y al instante se quedó dormido.

VI

Temprano, ya preguntaba Diego a un empleado del hotel la mejor manera para viajar a Nabalsupore. En tren, le dijeron.

En la estación se sorprendió al ver la forma de los trenes. A simple vista parecían rígidos, hechos en una sola pieza, pero no, cada diez metros estaban articulados, carecían sin embargo de diferencias o clases. Su interior era muy acogedor, y lo más curioso, es que parecía una habitación alargada, con sus cuadros y cortinas en las ventanas.

Una vez en marcha vio que no superaba la los cincuenta kilómetros la hora, y esto era así porque los hombres de la tierra de fuego lo habían diseñados para disfrutar del viaje.

A través de la ventanilla vio molinos de viento similar a los manchegos, viejas masías y ríos serpenteando entre tierras de un verde inmaculado, bosques inmensos donde iban a esconderse esbeltas gacelas, y como fondo, montañas nevadas que competían en blancura con las del país del mármol. A Diego lo que más le agradaba era la cadencia musical del chac-chac, metódico del tren, y su pitido cuando pasaban por alguna aldea. Allí entabló conversación con otro pasajero de nombre Afonso, el cual decía ser pintor de los espacios vacíos, para los que estaba virtualmente dotado. Le mostró uno de sus últimos trabajos, y si al pronto no pudo ver nada, poco a poco fueron apareciendo líneas, relieves y colores, en este caso hasta formar el Ave Fénix. Después de ver aquella maravilla, Diego se preguntó dónde habría aprendido aquel joven a pintar así, si fuese su vida una serie ininterrumpida de aventuras, y muchas otras cosas que no tuvo tiempo para descubrir, pues al poco de mostrarle aquellos dibujos mágicos, desapareció. No le extrañó a Diego, era algo rutinario, aunque nadie sabía por qué, además, de la misma manera que desaparecían volvían a aparecer, y ninguno de ellos tenía luego conciencia de lo que le había pasado o de si había estado en algún otro sitio. Algunos, los más sabios, decían que en la otra parte se vivía de manera diferente, era un mundo hostil, donde las gentes se mataban entre sí por cosas nimias, donde el hambre y la enfermedad entristecía el rostro de sus gentes, y donde todo es como es, sin poder ser de otra forma; eso era lo más triste. Recordó estas cosas porque se las había oído contar muchas veces a un viejecito, que hizo a la vez de padre y abuelo para él.

Después de tres horas de viaje, llegaron a Nabalsupore, ciudad de tintes exóticos, que

además de la característica propia de las tierras de fuego, estaba rodeada por una veta enorme de cristal de cuarzo, que a un antiguo rey de la dinastía de los Sangrín, se le ocurrió pulir. A consecuencia de ello se tenía la sensación de que la ciudad estaba rodeada por un río, pero con la gracia de tener colores internos según la inclinación de sus grietas y junto al juego de luces que el Sol y el aire aportaban, aquella veta de cuarzo parecía un gigantesco calidoscopio.

Deambulando sin rumbo, pensó que lo más sensato sería preguntar en cualquier librería por el alquimista Mosé.

Entre libros masones, rosacruces y cabalistas, encontró a un empleado, hombre de aspecto inteligente que se presentó como Sir Kenet Digby. Como si ya se hubieran conocido en otro tiempo, además de hablar de cosas secretas, se dieron una contraseña mutuamente, aunque es posible que a los diez minutos a ambos se les olvidara.

Con la dirección de Mosé ben-alf, que era su nombre completo, tomó un carruaje para llegar cuanto antes, la inquietud era ahora más fuerte. Con los ruidos de los cascos del caballo en sus oídos, y entre vistazos fugaces de un lado a otro, llegaron a un pequeño castillo en el que no se veía ni un sólo ángulo recto. De momento le dio un poco de reparo acercarse, el silencio que allí había inspiraba respeto. Atravesó el espacio multicolor del jardín y sus árboles frutales, y se acercó casi de puntillas hasta la puerta, tomó su aldaba que era una enorme mano de bronce y golpeó con ella la fornida puerta de roble. El ruido le pareció excesivo e instintivamente miró hacia las ventanas de celosía y filigrana. Sin oír respuesta del otro lado, la puerta se abrió, y de la penumbra apareció la cara de un viejo de edad imprevisible, que le miraba como si buscara comprenderle. Con un gesto de su mano le hizo entrar. Diego le siguió a través de pasillos abovedados de los que salían otros como si fueran las ramas de un árbol, a izquierdas y derechas todo eran puertas. El final del trayecto era una cámara muy grande, hexagonal, en la que ardía un cálido fuego. Unos altos ventanales dejaban pasar tenues rayos de luz que llegaban al centro mismo de la estancia, mientras su perímetro quedaba en sombra. Ambos tomaron asiento en una gran mesa redonda, en ese mismo centro donde convergía la luz. La extraña característica de los rayos solares parecía despedir chispazos de color. En aquella bruma iridiscente aparecieron unos rostros, uno de rasgos delgados con una tiara sobre su cabeza, larga barba y mirada severa y otro que le acompañaba difícil de describir, pues se formaba y diluía continuamente. Entonces mirando a Diego Mosé sólo le dijo, quiero escuchar con sus propias palabras qué le ha

traído hasta aquí.

Sumido en aquella atmósfera, Diego fue atropellando las palabras, pero al fin consiguió describir cómo había llegado hasta allí, y sobre todo, la causa principal, esa inquietud que de continuo le empujaba hacia alguna meta, o a buscar algo en particular.

Después de escuchar atentamente, Mosé y las dos presencias se miraron con un toque de complicidad, como quien escucha algo que ya intuía.

-Es indudable, una misión es su ansiedad, lo que vamos a averiguar ahora es su origen. Dicho esto aconsejó a Diego que se apartara de la mesa.

A una distancia prudente contempló la nueva distribución de posiciones, ahora esos entes y Mosé formaban un triángulo. El viejo alquimista sacó una pirámide de brillante cristal que colocó sobre un paño rojo que había dispuesto en el centro mismo de la mesa, repitió entonces una palabra que fue formando ecos por la estancia, y junto a sus acompañantes acercó sus manos al vértice de la pirámide. Pasaron unos instantes, luego, un destello que no supo identificar giró como un torbellino chispeante del vértice a la cúpula de la sala. Mosé evocó entonces un poder adyacente a las curvaturas del espacio, pidiendo una respuesta a la angustia de Diego. Aquella columna de luz se fragmentó en tres aros, que se posaron levemente sobre las tres cabezas, luego, éstas se integraron con la de Mosé, y al poco, toda aquella fantástica operación desapareció. Todo quedó igual a como lo viera en un principio, el alquimista se había puesto en pie, y acercándose a Diego le explicó a dónde debía ir, más allá del mar profundo, donde todo permanece inmutable desde siempre y para siempre. Lo más peligroso era volver, pues una vez en tan extraño lugar, las percepciones habituales del ser humano, cambiaban, convirtiéndole en algo ajeno a sus semejantes. La ansiedad de Diego se debía a una promesa hecha en el otro lado a unos amigos, que según le explicara el viejo Mosé, trataba de una niña a la que debía rescatar, para que compartiera su vida con sus padres. No era infrecuente que algunas personas sintiendo rechazo por aquel mundo decidieran quedarse definitivamente en éste. También un accidente podía crear una situación igual.

Ante aquellas complicaciones, Diego se afligió, y quedó pensativo sentado en una vieja poltrona. El problema era evidente, si la niña estaba en la tierra de los Principios Inmutables, rescatarla sería inútil, pues ya no sería la misma, y también a él le sucedería lo mismo.

Haciéndose cargo de lo que pensaba Diego, Mosé le convenció que si se lo proponía,

terminaría encontrando la mejor forma para cruzar aquellas latitudes y seguir siendo los mismos. No había nada radical en su mundo, y aunque los principios fuesen inmutables, la relación entre ellos no lo era. Esto último Diego no lo entendió, pero un nuevo ánimo se había acercado a su corazón y esto era lo que importaba. Además Mosé le aconsejó que una vez cerca de su meta, fuese antes a visitar al Extraño de la Colina. Sacó Mosé un plano y con un punzón de cristal fue quemando la ruta que Diego debía seguir. Acto seguido le acompañó a la salida y antes de darse cuenta se encontraba ya afuera, cuando se dio la vuelta para darle las gracias, no vio nada, excepto un campo de olivos. Dirigiéndose a todas partes gritó: ¡Gracias Mosé!

Ya habían pasado quince días de su partida de Nabalsupore, cruzó por ciudades exóticas y conoció a gentes de costumbres curiosas, como los eruditos del sonido, que vivían por, y para la música; todo esto por haber buscado un asentamiento para construir su ciudad sobre unas cuevas de las que surgían notas melodiosas. Nadie sabía quien las tocaba, aquellas grutas se introducían en el sustrato mismo de los sueños míticos, donde la tradición ubica la morada de los silfos, y otras entidades aún más extraordinarias. También contempló la comarca de Innem, en el límite mismo de la tierra de fuego, donde una enorme cabeza, cincelada en la ladera de una montaña, en determinadas fechas comentaba cosas del futuro. Diego fue atravesando el nuevo país hasta llegar a donde se encontraba actualmente, a pocos kilómetros de la entrada al desierto, en el último asentamiento humano. A cuantos fue preguntando en aquella población limítrofe de casas de adobe, le fueron diciendo que aquel desierto, conocido como la voz del silencio, era muy difícil de atravesar, aconsejándole el equipo que debía llevar. Ante todo debía hacerse con una cabalgadura que resistiera los rigores de la soledad y los sonidos del silencio, y no podía ser otra que un nakuni. La extraña forma de aquella bestia le extrañó, pues parecía un enorme oso hormiguero.

Cabalgando en tan inusual montura, consultó su brújula, y encomendándose a los dioses, inició camino.

En la primera media jornada, todo fue según lo previsto, siguió un viejo camino de caravanas, logrando recorrer en tan perezosa montura, una distancia de veinte kilómetros. Tal y como le habían dicho, el silencio allí era total. Un hecho curioso era que ningún sonido surgiera de su marcha. Fue al caer la tarde cuando se dio cuenta de hasta dónde llegaba aquel misterio.

Mientras descargaba sus cosas en un lugar que le pareció adecuado, quiso gritar a su montura que se estuviera quieta, y digo quiso, porque ningún sonido salió de su boca. De manera enigmática aquel desierto absorbía cualquier vibración sonora. En principio no le importó, y tras revisar con más detalle el lugar, encendió fuego con ayuda de las piedras grasientas que previamente había comprado, y que tenían la virtud de arder durante horas. Echó una manta en el suelo, se tumbó y arropó con otra, pues ya empezaba a refrescar. Contempló las maravillosas constelaciones de aquel cielo que semejaba un gigantesco círculo con un punto en su centro. Así fue como se quedó dormido.

De lo profundo de sus sueños una sensación de alarma le despertó. En seguida se percató de la inquietud de su montura, su pequeña trompa olía el aire de la noche. Intentó calmarla pasándole la mano por el lomo, pero no dio resultado, allá, unos metros más adelante había algo que les vigilaba. Tomó de su mochila el cuchillo y sacándolo de su funda fue hacia las rocas donde intuía había algo. No se habría alejado treinta pasos cuando se produjo un hundimiento de tierra, y aunque no pudo oír nada, la sensación de peligro le hizo regresar junto al fuego. Así pasó la noche, con la angustia en el pecho por no poder oír si alguien se acercaba, entonces se dio cuenta de lo difícil que le iba a resultar el viaje. Cuando amaneció y la tranquilidad del nakuni era evidente, pudieron ambos dormir unas horas.

En la nueva jornada se encontró vestigios de ciudades, antaño importantes, y que cultivaron el arte de cincelar la piedra y escribir sus enigmas con símbolos que ya nadie volvería a comprender. Se preguntó Diego si ya entonces existiría aquel silencio, y supuso que no. Fue apartándose con mucho cuidado de huellas parecidas al hundimiento que viese la noche anterior, era como si algo de enormes proporciones viajase debajo mismo de las dunas, algo tan monstruoso quizá, como los bajorrelieves que en algunas ocasiones en aquellas ruinas pudo contemplar.

También aquella noche su montura se asustó, e igualmente le tocó montar guardia, con el consiguiente retraso, ya que tenía que dormir de día, no pudiendo así hacer más de treinta kilómetros diarios. Mientras luchaba por no dormirse, ya que el silencio le tentaba de continuo, pudo notar cómo temblaba todo el suelo abajo sus pies.

Al quinto día de marcha comenzó a perder el sentido de la realidad, la ausencia de ruido le hizo concentrarse en sí mismo, y así fue rememorando hechos de su vida, a tal punto que su boca se movía pronunciando palabras mudas. Aquel desierto le pareció una

enorme botella a la que hubieran puesto un tapón para que nada de lo que allí entrase, pudiera salir. Envuelto en tan alucinante somnolencia, deambuló por lugares ignotos, en los que sobresalían osamentas de animales largo tiempo desaparecidos. Nubes de angustia cruzaron su ánimo, y entre visiones que su agotado cerebro le proponía, se aventuró en más de una ocasión a lugares peligrosos, donde moran los oscuros, y si no llega a ser por el instinto del nakuni, allí habrían quedado sus huesos. ¿Cómo salió del desierto?, ni él mismo lo recordaba, sólo vagas ideas de haber tenido momentos de lucidez, e igual que si tratase de otro, dirigirse por el buen camino; Algo realmente extraño.

Nada más entrar en la ciudad de Harkem, los primeros que le vieron llegar le condujeron a un hospital, allí quedó sumido en un sueño curioso, le pareció que despertaba en otro lugar, en otra vida, todo ello, sin embargo, le era conocido. Dos hombres y una mujer le observaban con detenimiento, le preguntaron por su salud, sobre todo el que tenía el color de piel más oscura. Una niña de unos nueve años yacía inmóvil a su lado, y le dio la impresión de que todos los allí presentes, esperaban que sucediese algo en lo que él tenía un papel importante. Ayudado por aquellas personas que él juzgó amigos, se levantó, se encontraba muy agotado. Tomó un líquido negro y caliente que llamaban café y se reanimó, luego le preguntaron sobre unos sueños que debía conocer, y al parecer eso que definían como sueños, eran las vivencias que a diario le pasaban. De todo esto llegó a la conclusión que lo que aquellas personas creían sueños, era para él la realidad, de todas formas, una duda le mantenía indeciso, y esta inseguridad era parte de las palabras enigmáticas que le dijo Mosé ben-alef, al referirse que alguien del otro lado de la vida buscaba que realizase una misión, más exactamente que encontrara a una niña. ¿Sería aquella que estaba inerte sobre la cama?, de cierto, su expresión le era conocida. Todo estaba muy enrevesado, reconocer que su sueño era más importante, o más real, si se prefiere, le parecía ilógico y ya le dolía la cabeza de hacer tantas conjeturas, todos conocían que algo sucede cuando las personas, sin previo aviso desaparecen, pero nada de cierto se sabía.

Al tercer día salió de aquel sanatorio donde fue muy bien atendido por unas enfermeras muy atractivas. De allí se dirigió a la ciudad de Suni, que se encontraba en el Este, siempre siguiendo el mapa que le dio Mosé.

Cuando llegó vio que Suni era una ciudad amurallada, sin embargo, ya nadie recordaba por qué se fortificó, las guerras en aquella parte del mundo habían sido pocas, dos o tres

en mil años. De todas formas había que reconocer su grandeza, torreones redondos abrían su diámetro en el matacán, dándole una forma muy peculiar, en dos de estas torretas se erguían penachos y banderas que rememoraban gestas bélicas ya olvidadas, también vio el escudo de la ciudad cincelado en sobre la puerta de poniente, con dos dragones cruzados mordeándose la cola. Un tropel de personas le introdujo en su interior, por lo que podía ver la afluencia de gente y carros era enorme, lo que indicaba un comercio próspero. Siguió la riada de gente pasando por calles pintorescas, allí todo se acomodaba a una edad en particular, aunque bien pensado, nadie sabía cuál era el tiempo actual, ni por qué debía éste de caracterizarse de una manera especial, allí cada cual vivía en el ambiente que le era más agradable, y a juzgar por la expresión de sus caras, estaban muy satisfechos.

En una venta de tosco mobiliario, con mesas de roble rezumando a vino, se paró un momento a descansar. Allí comió un queso sabroso y probó el vino verde de la comarca. Siguiendo la dirección de los mercaderes, atravesó una de las muchas plazas en las que había un singular edificio custodiado por dos centinelas armados con picas y escudos, era el palacio ducal de aquella ciudad. Sorteando el paso de unas gallinas azuzadas por una mujer gorda vara en mano, oyó las voces de quienes anunciaban su mercancía. Según fue acercándose al mercado el tumulto fue en aumento, risas, voces y mil pequeños ruidos formaban un ambiente clásico, allí se regateaba, y se fingía ceder. Toda una plaza de enormes proporciones servía para el trueque, a sus extremos circundándola había un pasillo cubierto al que se accedía por puertas arqueadas de un estilo entre gótico y plateresco. En la sombra de estos soportales se juntaban ancianos que animados jugaban a las cartas, de esta forma pasaban el tiempo, además de rememorar historias que les hacía por momento revivir otros años otros tiempos.

Como Diego buscaba información, se acercó a uno de aquellos vendedores y entabló conversación. De esta manera se enteró de los sitios más gratos para descansar y comer, y de las gentes que se encontraría, precisamente en esa época, algunas de las ciudades de la comarca entraban en pugna deportiva y en aquel año se celebraba en la rica ciudad de Nam. También preguntó por el viejo de la colina. Al comerciante le sorprendió, pues para él, todos debían conocer al Extraño, y aunque nadie le visitaba, porque no le entendían, su singularidad le hacía notorio y era ya un símbolo en su país, a fin de cuentas, era el único que había regresado del otro lado.

Habían pasado veinte días, en los cuales y sin entretenerse más de lo necesario para contemplar bellas aldeas, o hermosas ciudades, se encontraba ahora cerca de la colina, pero antes debía pasar por la ciudad de la ilusión, o de los espejismos, como también la conocían. Para las gentes del lugar, el prodigio no les afectaba, conocían su existencia desde tiempo inmemorial y sabían cómo protegerse, pero el que la contemplaba por vez primera, quedaba hechizado. Al parecer, toda la ciudad existía sin existir, en otras palabras, toda la urbe y sus gentes, aunque se podían ver, no se podían tocar, eran tan evanescentes como fantasmas, y ajenos por completo al mundo en el que se perfilaban, se podría decir que era un sueño imbuido en otro.

Cerca ya de la ciudad maravilla, el sendero iba perdiendo el color verde donde rumiaban ovejas y cabras para dar paso a una vegetación más arisca. Algunos olivos aún se empeñaban en marcar los márgenes del camino, compitiendo con el tomillo y la zarza. Nada más franquear una pendiente se encontró de improviso con la ciudad, a esa distancia más parecía el reflejo de un estanque. Lleno de emoción ante sus formas que ya se barruntaban, apresuró el paso. Nada más pasar el arco de entrada, se dio cuenta de la peculiaridad de su construcción. Aquellas casas no guardaban ninguna relación con tiempos conocidos, ni estilos, no había una sola pared lisa, ni más allá de dos metros se mantenía recta, igual podía tener una esquina muy cerrada, que redonda, el tejado podía ser más amplio que la superficie, o menos, dependiendo siempre de la inclinación de las paredes. También vio a sus gentes, todo como si fuese una ciudad más. Lo que causaba impresión era que a él no le viesan, incluso que pasasen a través suyo. La primera vez que le ocurrió instintivamente se apartó, era como si una película en tres dimensiones se proyectase sobre él.

Siguiendo una calle amplia, llegó a la plaza principal, atravesó casas de ruidoso corrales, donde sorprendió a algún que otro aldeano ordeñando vacas. Un poco más adelante, en la zona comercial, había el movimiento propio de una pequeña ciudad.

En su paseo se encontró con una casa consistorial, de arquitectura infantil, con su portón de entrada pintado en rojo contrastando fuertemente con dos pequeñas torretas a ambos lados, de las que pendían crines de caballo. Cuanto más se aventuraba en sus calles, más le parecía el sueño de un niño, la fantasía pura. Era como si la vida allí pudiera prescindir de las leyes naturales, aquellas formas irradiaban una estética nunca vista. La base de un edificio podía ser hasta diez veces inferior a su tejado, el hecho de que no existiera la lógica cuadrada, implicaba una sensación agradable que Diego enseguida

absorbió, era como si todo lo imaginable pudiera tener allí su realidad. Lamentó no tener tiempo para adentrarse en la naturaleza de aquel misterio, pero cuando pensaba en que tenía una misión, la belleza del lugar disipaba esa responsabilidad. De esta manera tan sutil, se vio atraído por aquel entorno, olvidando el origen de su viaje. Su capacidad intelectual se fue deteriorando, dejando paso a una actitud emocional. Se dirigió a cuantos se encontraba intentando asirles, pero era como querer atrapar el humo. Mientras intentaba coger lo inaprensible, quedó hechizado por una hermosa joven que se asomaba por la ventana de un edificio espiral, tendía la colada mientras cantaba con una voz maravillosa una historia de amor, el tono de su voz le hizo recordar algo primigenio, que poderoso quería surgir de lo más hondo de su ser, y aunque no lo podía entender, le daba una gran felicidad. Cautivado por aquella joven se puso frente a ella e intentó comunicarse. Debió ser imaginación suya, pues le pareció que aquellos ojos cálidos y serenos, miraron hacia donde él estaba. Sintiendo ese hormigueo de felicidad, fue sin darse cuenta a sentarse en el suelo, que no era el empedrado de la calle, y allí, como inerme, se quedó mirando a la joven, que al poco de colgar las prendas se retiró. Sintió el tormento de una felicidad triste que no podía entender. Así fue pasando el tiempo y Diego que había perdido el sentido de la realidad, ya ni siquiera se notaba a sí mismo. Una mano segura le levantó, luego, le zarandó, pero como no reaccionaba, se lo echó al hombro y fue con él más allá de un kilómetro, cuando vio que ya no había rastro de la ciudad, le dejó en el suelo, le arropó con una manta y le dejó dormir.

Hora y media tardó en despertar, apareció en sus ojos la razón que había perdido. Miró a su salvador y éste percibiendo las dudas que Diego debía tener, le comentó los peligros que tenía aquella ciudad para las personas sensibles. Como debían recorrer ambos parte del mismo camino, tendrían tiempo para conocerse mejor, así fue como se inició el principio de una sólida amistad.

El tiempo que estuvieron juntos, seis días, pasaron por alegrías y tristezas. En una ocasión, cruzando un río, fue Diego arrastrado por la corriente hasta una gruta subterránea, donde a suerte logró asirse, y a fuerza de gritos, su amigo, el peregrino, logró salvarle. Esto sucedió cerca de las montañas de azul lapislázuli. También lo pasaron bien, estuvieron en una aldea de zingaros viendo bailar a unos pequeños dragones al son de un pandero.

Anselmo era el nombre de su compañero y quería ir a la ciudad santa de Lambdá, donde

esperaba encontrar una respuesta a sus dudas internas. En no pocas ocasiones, y antes de acostarse, le observó arrobado mirando al cielo, en esos momentos parecía como si se liberase de una gran pena. Aunque fue poco el tiempo que estuvieron juntos, atravesaron las tierras hendidas de Ramma, donde aún pudieron ver restos de ciudades antiquísimas, cruzaron el cañón de las mil cuevas, y se entretuvieron viendo el vuelo de los pájaros, evitaron las partidas de bandoleros y hasta ayudaron a un rabdomante a encontrar sus sueños.

En un desvío de caminos, ambos amigos se despidieron, no sabían si se volverían a ver, pero, en sus corazones la llama de la amistad perduraría siempre.

Aquella misma tarde comenzó a percibir el olor característico del mar, eso era indicio de no haber equivocado el camino.

Algunas veces se cruzaba con aldeanos, otras con simples viajeros, pero es en soledad como se hace el camino. Si en un principio todo parece desconocido, el andariego termina reconociendo el lenguaje de las montañas, los claros y oscuros del bosque, el vuelo de las aves, y el sonido de la naturaleza, que por cierto, no es el que parece. Ahora Diego encontraba que la repetitiva monotonía de grillos y chicharras, no es igual en las alturas, que en los valles, ni empiezan como terminan, ni siquiera el sonido es igual en una comarca, que en otra. A fuerza de escuchar se acostumbró a discernir matices, pero no sólo de insectos, sino de cualquier animal que manifestase su vida en el movimiento. Era curioso que no hubiera sonidos iguales, la variación es asombrosa, en sí es un mensaje sobre el clima y la armonía de sus gentes.

VII

Ya era de noche cuando llegó a Nam. Sus oídos le descubrieron sonidos de laúd y flauta mezclado con el rumor de las grandes ciudades. Era allí donde se iniciarían los juegos, por eso sus gentes disfrutaban de las fiestas, entre risas y saboreando el buen vino que por allí se destilaba. Las farolas de aceite daban a sus llamas mil siluetas, tiñendo de color oro las fachadas de piedra, que por allí eran muy corrientes. Un grupo de hombres y mujeres agarrados por los hombros chocaron con Diego y trabajo le costó a éste deshacerse de ellos. Cansado como estaba lo único que prefería era un lugar para

dormir. De esta guisa fue recorriendo calle por calle buscando algún hostel o posada, o al menos alguien sobrio que le indicase donde dirigirse. Cuando ya se disponía a dormir en el campo, a las afueras, un muchacho que por allí pasaba le recomendó una granja que pertenecía a una familia modesta, que en aquellas fechas, como tantos otros, alquilaba habitaciones.

Cuando Diego entró, vio que allí no había sitio aparente, era una familia de once miembros, así el lugar que ocuparía le costaría una noche de pajar a unos cuantos.

Al día siguiente le despertó el aire frío de la mañana, sorprendido miró hacia el cielo, estaba en medio de un campo, donde sólo se veían cardos y girasoles. Aturdido, de momento no supo qué pensar, una granja no desaparece así, por las buenas, a no ser que drogado, le hubieran llevado hasta allí, después, claro está de....robarle. Al mirar en dirección a la ciudad vio la puerta románica por la que salió la noche anterior. Se encaminó a la ciudad y al cruzarse con un vendedor que voceaba las maravillas de unas hierbas curativas, le preguntó Diego por la granja, entonces el hombre se echó a reír, después adoptó una pose más seria y le dijo que había sido víctima de los zíngaros. Por lo visto, después de narcotizar a su víctima, tenían la habilidad de hacerle ver lo que ellos querían.

-¿Entonces, quién me sugirió el sitio?.

-Uno de ellos. Cuando hay fiestas se dirigen a las ciudades, y una vez allí, reconocen a los viajeros y más si están cansados, lo demás ya lo conoce usted.

Le resultó fácil encontrar a alguien que le indicase en qué colina vivía el Extraño. Cerca, se encontraba muy cerca, a dos kilómetros saliendo por la puerta oriental.

El camino estaba rodeado de viñas y olivos, algunos estorninos volaban en busca de uvas maduras mientras una liebre que se vio sorprendida por el caminante dejó lo que tenía entre dientes y se escondió. Al pie de la colina vio la hermosa obra que allí habían hecho. Una amplia escalinata, de unos diez metros de ancha, estaba adornada en cada descansillo por esculturas románicas, sobre todo, bustos de personajes célebres, el resto de la colina estaba cubierta por una basta gama de plantas, que casi la convertía en un jardín botánico. Los rayos del Sol parecían detenerse allí con mayor delicadeza y al brillar sobre el pétalo de algunas de sus flores, producía sensaciones visuales y aromáticas incomparables. Muchas aves tenían allí su cobijo, y alegres como estaban, se pasaban el día entero contándose cosas.

Después de subir muchos escalones, se encontró frente a una gran mansión adornada

por columnas dóricas y semicubiertas por plantas trepadoras que daban abundantes flores. En las dos columnas frontales, las que sostenían un amplio frontón, habían inscrito las palabras Jakim y Boath. Un silencio desconcertante rodeaba la construcción, a tal punto que le pareció un sacrilegio golpear con tan pesada aldaba la puerta.

Llamó y esperó un buen rato sorprender algún ruido, luego volvió a intentarlo, pero esta vez con más ímpetu, el ruido que produjo reverberó por toda la casa, haciéndole sentir a Diego incómodo. Dio unos pasos atrás para ver si alguien se asomaba a las ventanas, pero nada. Aunque no quería hacerlo, una necesidad imperiosa le hizo volver a la puerta y golpearla de nuevo todavía más fuerte. Un chirrido le avisó que la puerta se abría. Del otro lado y enfrentado a la oscuridad interior, vio el rostro de un anciano con una mirada indescriptible que parecía poder ver a través de las personas. Por unos instantes ambos quedaron en esa actitud, luego, con una voz cascada y que además delataba mal humor, el anciano preguntó qué deseaba para llamar con aquellos bríos a la entrada del Lugar.

-Alguien que desea saber, -le respondió Diego.

-¿Por qué?.

-Por ayudar a una persona.

-Es suficiente.

Siguió al Extraño por angostos corredores durante un largo trecho, giraban a la izquierda, luego a la derecha, en otras ocasiones ascendían para luego descender, en sí, el interior parecía mucho más grande que lo que se veía por fuera. La única luz era la que portaba el Extraño, sin duda una resina olorosa quemando en aceite. Terminaron en una amplia sala, muy bien iluminada por las amplias ventanas. Allí había tantos libros como en una biblioteca. Cercano a una ventana había un gran telescopio apuntando con su enorme ojo hacia las estrellas, que aquí durante el día también eran visibles. En una esquina había un pequeño laboratorio alquímico con algunos manuscritos abiertos como si los hubieran estado leyendo hacia poco.

Satisfecho de la impresión que el Lugar creaba en su invitado, el anciano le indicó una puerta para que se dirigiese a ella y la abriese. Así lo hizo Diego y se encontró con el otro lado de la colina, lo que podríamos definir como una puerta posterior. Perplejo miró al Extraño.

-No hay de qué preocuparse, o ¿quizá sí?. Esa puerta, como usted ve, da al otro lado de la mansión del Lugar, pero también es la puerta de la Fe, es decir, que usted puede, -si puede-, salir al sitio que desea y una vez allí, traer consigo a la niña.

-¿Cómo sabe lo de la niña?.

-¿Acaso el conocimiento se ha de saber?.

No entendió Diego aquello, pero algo le aconsejaba confiar, por eso aguantó la mirada inquisitiva del venerable y sin pestañear le preguntó: ¿Si la niña se encuentra del otro lado de las aguas profundas, cómo voy a volver y seguir siendo el mismo?.

-Si le he mostrado esta puerta, es porque puede franquearla, al menos....en teoría.

Un mareo hizo que Diego se apoyase en la mesa, en seguida el anciano le acomodó en una butaca.

-Es difícil permanecer aquí si no se está acostumbrado, las cosas no son igual, aquí el aire y los flujos y reflujos astrales están en orden, pero en sentido inverso.

-¿Qué quiere decir con eso de inverso?.

-Pues, que los últimos aquí son los primeros.

-¿Pero lo contrario no es negativo?.

-Negativo, positivo.....palabras, lo que vemos obedece a un orden o de lo contrario es peligroso para todo lo que se ejercita en la vida, tanto física como psíquica.

-No consigo entenderle y me da vueltas la cabeza.

El dolor siguió aumentando asustando a Diego que parecía creer que la cabeza podía estallarle. El anciano le aconsejó que iniciase su viaje cuanto antes.

Con dificultad llegó a tomar el pomo de la puerta, al instante se vio del otro lado. Maravillado vio que seguía en el mismo sitio la estancia de la que había salido. Volvió a pasar el umbral de aquella puerta y de nuevo se encontraba en la misma situación, la habitación y al Extraño observándole tanto de un lado como del otro. Aquella paradoja le tenía asombrado, aún así no olvidó las palabras del anciano, aquella era la puerta de la Fe, mas, ¿en qué debía tener fe?, sólo se le ocurrió una cosa, cumplir como fuera con su cometido. Una y otra vez paso el umbral que conducía al mismo sitio, llegó un momento en el que se sintió ridículo, entonces sucedió que en una de tantas entradas y salidas vio otro paraje, por definirlo de alguna manera. Ante sus ojos se extendía una superficie lisa y brillante, parecía como si el suelo fuese todo de metal plateado. No sin reparo se aventuró a seguir lo que supuso una línea recta. Cuando llevaba algo así como media hora de camino, se le ocurrió mirar hacia atrás para ver que la puerta no estaba de donde ahora estaba más que nos pocos metros. En ese momento lo comprendió, allí el espacio no seguía las mismas leyes que en su mundo. Sólo tuvo que pensar en llegar para encontrarse frente a una enorme cascada de una luz brillante y multicolor. Se

dispuso a cruzarla y no supo si era él quien empequeñecía o aquella luz se hacía más grande. Sea como fuere, se encontró en un lugar de belleza incomparable, él mismo buscó palabras para definirlo y no las encontró, las formas cambiaban constantemente, y cada una sugería una sensación y una vida y cada vida pretendía su derecho a la existencia. Todo aquello que fluía, podía unirse y desunirse en sustancias y formas diferentes, podía presentar muchas caras, pero al deshacerse pasaba siempre por la misma, la imagen de un Dios Creador. Asombrado y temeroso vio que su cuerpo se estaba diluyendo, su conciencia parecía querer huir y recordaba otros lugares y personas que en esa vida nunca vio. De nuevo volvió a sentirse a sí mismo y al poco perderse, eran aquellas idas y venidas la esencia misma del lugar, todo estaba ordenado en un aparente desorden. Cuando estuvo cerca de aquella Fuerza Creadora, no supo si era él quien se acercaba o el Misterio quien iba en su busca. Al sentir tan cerca aquella presencia notó una emoción tan fuerte que parecía quemarle desde dentro. Aturdido vio como aparecían ante él una sucesión de formas, luego la luz que las rodeaba se fue atenuando y la forma que quedó era la de una niña. Intuyó que debía actuar con rapidez, la tomó de la mano y se dirigió lo más rápido que le permitía el pensamiento, a la zona límite. A todo esto, que fue tan rápido como un pensamiento, el color llegó a las mejillas de Susi, también la vida llegó a sus ojos, y ya cuando la palabra quería hacer su aparición, lograron trascender la puerta, apareciendo en la habitación del Extraño. Con gran satisfacción el anciano contempló a la niña mientras el cerebro de Diego se hacía muchas preguntas. Sin poder contenerse Diego dijo que no sabía qué iba a suceder a partir de ahora, si pudiesen llevar él y la niña una vida normal, en el caso de poder saltar al otro mundo.

Sin apartar la vista de Susi, el Extraño susurró algo sobre el milagro de la creación, e inesperadamente, volviéndose a Diego le urgió a que saliesen de allí lo antes posible. Atravesando corredores sin otra luz que aquella tenue lámpara, lograron en poco tiempo llegar hasta la puerta, con gran esfuerzo la abrieron, así que en un instante se encontraron fuera. Ante la vista de aquella espléndida vegetación, con sus armoniosas fuentes, pequeños estanques y aves, salió Susi del estado de ensoñación en el que se encontraba, miró a Diego, le llamó tío y tirando de su mano le condujo hacia la escalinata. En aquel preciso instante tuvo la impresión que en otro lugar, había interrumpido lo que paradójicamente sería su otra existencia. Pensando en estas cosas y azuzado por prisas que les dio el Extraño, fueron descendiendo por la amplia escalinata.

Cuando ya les faltaba menos de la mitad, Susi se soltó para poder corretear más a sus anchas. Situándose en un extremo de la escalera iba peldaño a peldaño acercándose al otro extremo. Viendo esto sintió Diego una rara inquietud y cuando ya se disponía de nuevo a tomar la mano de la niña, ésta desapareció. Sin pensar en nada, como si aquello tuviera simplemente que pasar, siguió bajando, entonces a su cerebro llegaron unas palabras: es la hora del cambio. Al igual que Susi, también él desapareció.

Cuando abrió los ojos no conoció el sitio, ni quién era él, ni lo que hacían allí esas personas, mirándole. Rápido como el relámpago lo que era su existencia, es decir, la vida de Diego se le hizo patente, en ese instante se oyó gritar a Isabel. Todos miraron en una dirección, a Susi, que tras un temblor que le recorrió todo el cuerpo abrió al fin los párpados dejando ver sus bellos ojos azules. Como si no hubiera pasado el tiempo, miró con asombro la expresión de la cara de sus padres, luego se levanto, se acercó a Diego y le preguntó cuando volverían a la colina, y quien era aquel viejo que hablaba tan raro. Aquello impactó en el cerebro de Diego con una sensación de belleza perdida.

Había muchas preguntas qué hacer, pero las respuestas, de momento quedaron para otro momento, ahora lo único que les interesaba a todos, era convencerse del buen estado de salud de la niña.

La pequeña iría recordando algunas cosas, aunque en su mente infantil no se diese la reflexión, sólo cuando días más tarde le preguntaron dónde había estado, respondió: en el Sitio Primero.

Adolfo Cabañero